

Un PROCURADOR, SARMIENTO, y detrás ROLDÁN, en hábito roto con su espada y calcillas.

Tome, señor Procurador; que ahí van los doscientos ducados, y doy palabra a usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

¡Ah, caballero! ¿Es usted procurador?

Sí soy; ¿qué es lo que manda usted?

¿Qué dinero es ese?

Dámele este caballero para pagar la parte a quien dio una cuchillada de doce puntos.

Y ¿cuánto es el dinero?

Doscientos ducados.

Vaya usted con Dios.

Dios guarde a usted. (Vase.)

¡Ah caballero!

¿A mí, gentil hombre?

A usted digo.

Y ¿qué es lo que usted manda?

Cúbrase usted; que si no, no hablaré palabra.

Ya estoy cubierto.

Señor mío, yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra; tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados a un hombre a quien había dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo a que usted me dé una adonde fuera servido; que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

Si no estuviera tan mohíno, me obligara a reír usted; ¿Vuesa merced dícelo de veras? Pues venga acá: ¿piensa que las cuchilladas se dan sino a quien las merece?

Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de hereje? pues ¿dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

Usted no debe de ser muy leído; que el proverbio latino no dice si no que necessitas caret ley, que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

Dice muy bien usted; porque la ley fue inventada para la quietud, y la razón es el alma de la ley, y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento. Usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter, aunque Venus le mire en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Por el diablo que acá me trujo, esto es lo que yo había menester, después de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada.

¿Cuchillada dijo usted? está bien dicho: cuchillada fue la que dio Caín a su hermano Abel, aunque entonces no había cuchillos;

cuchillada fue la que dio Alejandro Magno a la reina Pantasilea, sobre quitalle a Zamora la bien cercada, y asimismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar a las tablas con don Gaiferos, entre Cabañas y Olías; pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras, porque hay traición y alevosía: la traición se comete al Rey; la alevosía, contra los iguales; por las armas lo

han de ser; y si porque dice Carranza, en si yo riñere con ventaja, su Filosofía de la espada, y Terencio en la Conjuración de Catilina...

Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio; ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

¿Bernardinas dice usted? y dijo muy bien, porque es lucido nombre; y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada a ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podía ser; que las Franciscas tienen cuatro efes; la F es una de las letras del A, B, C; las letras del A, B, C, son veinte y tres: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entonces decimos la... que se compone de dos veces esta letra K: dos veces pueden ser de vino; el vino tiene grandes virtudes; no se ha de tomar en ayunas y aguado, porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al cerebro, y entrando puras...

Téngase, que me ha muerto, y pienso que algún demonio tiene revestido en esa lengua.

Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua, a Roma va; yo he estado en Roma y en la Mancha, en Trasilvania y en la Puebla de Montalbán: Montalbán era un Castillo, de donde fue señor Reynaldos; Reynaldos era uno de los doce Pares de Francia, y de los que comían con el Emperador Carlomagno en la mesa redonda, porque no era cuadrada ni ochavada. En Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo; un ochavo es la mitad de un cuarto, un cuarto se compone de cuatro maravedís; el maravedí antiguo valía tanto como ahora un escudo; dos maneras hay de escudos; hay escudos de paciencia y hay escudos...

Dios me la dé para sufrille; téngase, que me lleva perdido.

Perdido dijo usted, y dijo muy bien; porque el perder no es ganar; hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija o un lienzo, perder...

Acabe, con el diablo.

¿Diablo, dijo usted? y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne; la carne no es pescado; el pescado es flemoso; los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos está compuesto el hombre: de cólera, sangre, flema y melancolía; la melancolía no es alegría, porque la alegría consiste en tener dineros; los dineros hacen a los hombres, los hombres no son bestias, las bestias pacen; y finalmente...

Y finalmente me quitará usted el juicio o poco podrá; pero le suplico en cortesía, me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me cairé muerto.

¿Qué manda usted?

Señor mío, yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo; es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto a matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido a propósito; a mí me ha parecido que si yo llevase a usted a mi casa, y hablase con ella seis días arreo, me la pondría de la manera que están los que comienzan a ser valientes delante de los que ha muchos días que lo son. Véngase usted conmigo, suplícoselo; que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendrá a usted en mi casa.

¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre; primo, a un zapatero de obra prima; prima es una cuerda de guitarra; la guitarra se compone de cinco órdenes; las órdenes mendigantes son cuatro; cuatro son los que no llegan a cinco; con cinco estaba obligado a reñir antiguamente el que desafiaba de común, como se vio en Don Diego Ordoñez y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el Rey Don Sancho...

Téngase y téngase, por Dios, y véngase conmigo; que allá dirá lo demás.

Camine delante usted; que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

No le oiré palabra.

Pues camine; que yo le curaré a su mujer. (Vanse.)

Sala en casa de Sarmiento. Una estera arrollada, etc., etc.

DOÑA BEATRIZ, INÉS.

¡Inés! ¡Hola! (Llamando.) ¡Inés! ¿Qué digo? ¡Inés! ¡Inés!

Ya oigo, señora, señora, señora.

Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje?

¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

Usted, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

Pícara, el número doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil, añadiéndole ceros; los ceros no tienen valor por sí mismos.

Señora, ya lo tengo entendido; dígame usted lo que tengo de hacer porque haremos prosa.

Y la prosa es para que traigáis la mesa para comer vuestro amo; que ya sabéis que anda mohíno, y una mohína en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas remate con el ama.

Pues ¿hay más de sacar la mesa? voy volando. (Vase.)

DOÑA BEATRIZ, SARMIENTO y ROLDÁN. Después INÉS.

¡Hola! ¿No está nadie (Dentro.) en esta casa? ¡Doña Beatriz, hola!

Aquí estoy, señor; ¿de qué venís dando voces?

(Saliendo.) Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mío, convidado; acariciadle y regaladle mucho, que va a pretender a la corte.

Si usted va a la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos tan encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería, y el bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la acción consiste...

Quedo, quedo, suplico a usted; que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza, porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales y va disponiendo los sentidos; los sentidos son cinco: andar, tocar, correr y pensar y no estorbar; toda persona que estorbare es ignorante, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le dé buenas Pascuas; las Pascuas son cuatro, la de Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostés; Pentecostés es un vocablo exquisito...

¿Cómo exquisito? mal sabe usted de exquisitos; toda cosa exquisita es extraordinaria: la ordinaria no admira; la admiración nace de cosas altas; la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza; la más baja es la malicia, porque todos caen en ella; el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas; el

principio, el aumento y la declinación.

Declinación dijo usted y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre, y los casados son obligados a quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia; y la razón de esto es...

Paso, paso, -¿que es esto marido? ¿tenéis juicio? ¿Qué hombre es este que habéis traído a mi casa? Por Dios, que me huelgo, que he hallado con qué desquitarme. Dad acá la mesa presto y comamos, que el señor Roldán ha de ser huésped mío seis o siete años.

¿Siete años? malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

Él era mejor para serlo vuestro. -¡Hola! Dad acá la comida.

(Saliendo.) ¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

¿Quién es esta señora?

Es criada de casa.

Una criada, que se llama en Valencia fadrina, en Italia masara, en Francia gaspirria, en Alemania filimoquia, en la corte sirvienta en Vizcaya moscorra, y entre pícaros daifa. Venga la comida alegremente; que quiero que vuestas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido; que reviento por hablar.

¿Hablar dijo usted? y dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; éstos se forman en el entendimiento; quien no entiende, no siente; quien no siente, no vive; el que no vive, es muerto; un muerto échale en un huerto.

¡Marido? ¡marido?

¿Qué queréis mujer?

Echadme de aquí este hombre, con los diablos, que reviento por hablar.

Mujer, tened paciencia; que hasta cumplidos los siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y estoy obligado a cumplirla, o no seré quien soy.

¿Siete años? Primero veré yo mi muerte. Ay! ay! ay!

Desmayóse. ¿Esto quiere usted ver delante de sus ojos? Vela ahí muerta.

¡Jesús! ¿de qué le ha dado este mal?

De no hablar.

(Dentro.) Abran aquí a la justicia! abran a la justicia!

¡La justicia! ¡Ay, triste de mí! que yo ando huído, y si me conocen me han de llevar a la cárcel.

Pues, señor, el remedio es meterse en esa estera usted; que las habían quitado para limpiarlas, y así se podrá librar; que yo no hallo otro. (Métese Roldán en la estera.)

Dichos. El ALGUACIL.

¿Era para hoy el abrir esta puerta?

¿Qué es lo que usted manda que tan furioso viene?

El señor Gobernador, manda que, no obstante que usted ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga usted a darle la mano a este hombre, y se abracen y sean amigos.

Quería comer agora.

El hombre está aquí junto, y luego se volverá usted a comer despacio.

Vamos, y entretanto, poned la mesa. (Vanse todos, menos Roldán,

Beatriz e Inés.)

Vuelve en ti, señora; que si de no hablar te has desmayado, agora, que estás sola, hablarás cuanto quisieres.

Gracias a Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

(Sacando la cabeza de la estera.) ¿Silencio dijo usted? y dijo muy bien; porque el silencio fue siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan a tiempos y callan a tiempos, porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras, y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerado siete; porque...

Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo a desmayarme.

Dichos, SARMIENTO, ALGUACIL.

(Roldán se esconde de nuevo.) Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestas mercedes beban con una caja. ¡Hola! dad acá la cantimplora y aquella perada.

¿Agora nos metéis en eso? ¿No veis que estamos ocupados sacudiendo estas esteras? (Muestra el palo.) Y tú, con ese otro, (A Inés.) démosle hasta que queden limpias.

Paso, paso, señoras: que bien (Saliendo.) entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de manos.

¡Oiga! ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo, el hablador, que hace las maulas?

El mismo.

Sed preso sed preso.

¿Preso dijo usted? y dijo muy bien, porque el preso no es libre, y la libertad...

Que no, no; aquí no ha de valer la habladuría; ¡vive Dios! que habéis de ir a la cárcel.

Señor alguacil, suplico a usted, que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se lleve; que le doy palabra a usted de darle, con qué se vaya del lugar, en curando a mi mujer.

Pues ¿de qué la cura?

Del hablar.

Y ¿cómo?

Hablando; porque como habla tanto la enmudece.

Soy contento por ver ese milagro; pero ha de ser con condición que si la diere sana, me avise usted luego, porque le lleve a mi casa; que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaría que me la curase de una vez.

Descuide, señor alguacil, que cumplidos los siete años, yo avisaré con lo que hubiere.

Marido, por Dios, echadme desde luego de aquí este hombre, que yo prometo no dar lugar a que vuelva. (Arrodillándose.)

(Levantándola.) Alzad, pues, y enmendaos, que no está bien de rodillas la que es señora de mi casa.

Señora, dice usted, y muy bien dicho que está, porque Roma fue señora de todo el mundo

(Interrumpiéndole.) Vete, pícaro hablador.

No me desagrada el verso.

Pues si no le desagrada, oiga; que yo tengo alguna vena de poesía.

¿Poesía ha dicho usted? Pues oigan y reparen vuestras mercedes: que no será peor la mía.

Aquí he venido a curar

una mujer habladora,
que nunca supo callar,
a quien pienso desde ahora
enmudecer con hablar.
Convidome este señor,
y comeré yo en rigor
aunque diga su mujer,
por no me dar de comer;
-"Vete, pícaro hablador."
(Al público.)
Un hablador es matraca;
granizada, que apedrea,
torbellino, que marea,
y furia, que nadie aplaca.
Cuando otro hablador le ataca,
calla por breves instantes,
y con bríos más pujantes
sigue... ¡Qué dicha, señores,
sí todos los habladores
hablaran como CERVANTES!